

AMÉRICO CASTRO Y LA EDAD DE ORO, O CONFLICTIVA, ESPAÑOLA

La obra de Américo Castro cuenta ya con estudios importantes, que pueden servir de guía para cualquier aproximación (1). Las polémicas suscitadas en torno a su global visión de la Historia pueden matizar aspectos concretos, aunque, con intención, me mantendré al margen de la vertiente polémica (2). Lo que me interesa revisar, brevemente, en este *paper*, es el valor y vigencia que para la Edad de Oro tienen las aportaciones del famoso granadino de adopción. Se trata, pues, más de observar y sugerir, que de penetrar con intensidad, dada la amplitud del tema (3).

Acaso valga la pena, como preámbulo justificatorio, recordar algunos aspectos de mi propia «vividura» y la de varios investigadores españoles como yo, que acaso nos posibilite una apreciación objetiva, sin oscilaciones afectivas de la obra de Américo Castro. Hace tiempo, en mis años de estudiante en la Universidad de Madrid, sentí gran atracción por los estudios de Castro, que devoraba con avidez cuando llegaban a mis manos. Se empezaba, allá por los años cincuenta, a salir del clima cerrado de posguerra, y podía notarse en algunos de mis maestros universitarios, algunos discípulos en otro tiempo de

(1) Guillermo Araya: *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro*, Madrid, 1969; *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, editado por P. Laín Entralgo, Madrid, 1971 (para nuestro toma son especialmente indicados los trabajos de F. López Estrada, J. Rodríguez Puértolas, A. Zamora Vicente y M. Bataillon), y Aniano Peña, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Madrid, 1975. Véase también, «Homenaje a Américo Castro», en *Insula*, núms. 314-315 (enero-febrero 1973), pp. 1-14.

(2) Además del libro de C. Sánchez Albornoz: *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1956, destacaría los siguientes artículos: Eugenio Asensio, «Américo Castro historiador: Reflexiones sobre *La realidad histórica de España*», *Modern Language Notes*, 81 (1966), páginas 595-657; A. A. Sicroff: «Américo Castro and his critics: Eugenio Asensio», *Hispanic Review*, 40, n.º 1 (1972), pp. 1-30, y Eugenio Asensio: «En torno a Américo Castro. Polémica con Albert A. Sicroff», *Hispanic Review*, 40, n.º 4 (1972), pp. 365-85. Son iluminadoras también las reacciones de J. A. Maravall en sus libros y su concreta aportación: «La "morada vital hispánica" y los visigodos», *Clavileño*, 7 (1955), pp. 328-40. En prensa en las actas del V Congreso Internacional de Hispanistas, de Bordeaux, 1974, se encuentra la comunicación de Albert Sicroff, «En torno a las ideas de Américo Castro».

(3) Una exposición oral y resumida del presente trabajo se ofreció en un seminario especial dedicado a Américo Castro en el Congreso De Modern Language Association celebrado en San Francisco, Estados Unidos, en diciembre de 1975.

don Américo, un especial fervor o, por lo menos, respetuosa admiración hacia Castro. Los recientes replanteamientos castrianos (4) penetraban en nosotros doblemente: por las lecturas directas y conversaciones entre nosotros, y por el tamiz de las lecciones universitarias. En cuanto a lo último, éste era el caso, sobre todo, de Rafael Lapesa, que incorporó inmediatamente a sus lecciones de clase los puntos de vista de don Américo. En su casa tenía don Rafael un retrato de Menéndez Pidal y otro de Américo Castro, como sus dos más admirados maestros. Todo ello a mí, joven provinciano recién llegado a Madrid, me impresionó profundamente. Y en mis frecuentes conversaciones con don Samuel Gili Gaya. (éste fuera de la Universidad), generoso orientador de mis primeros pasos profesionales, el nombre de don Américo emergía constantemente. Por supuesto que notaba en otros profesores un silencio absoluto sobre la obra de Américo Castro, o incluso una clara antipatía, lo cual interpretaba yo entonces como un resultado del trauma histórico que había separado, ideológica y personalmente, a tantos españoles. Estas divisiones no afectaban a la mayoría de los estudiantes, como yo, que procurábamos encontrar el puro valor intelectual, al margen de ideologías políticas determinadas. Una vez terminado mi doctorado, estudiando en Alemania, ocurrió uno de los encuentros profesionales que más recuerdo han dejado en mi vida. Fue en 1954, al conocer en Bonn a don Américo, con ocasión de una gira de conferencias suyas por el país germano. Me consideré afortunado de poder escuchar, y después conversar con don Américo, en un momento difícil de cierto aislamiento para todos y de, prácticamente, imposibilidad por parte de don Américo de pisar tierra española. ¡Quién iba a adivinar que don Américo viviría los últimos años de su vida en el Madrid castizo y que moriría en las aguas del mar Mediterráneo catalán, el mismo de la Tisbea de Tirso, a la que él había dedicado bellas páginas! Surgió entonces un breve ensayo mío en el que trasladaba las impresiones del encuentro (5). Don Américo, con amable gratitud y con su proverbial gesto proselitista hacia su nuevo mundo, me envió algunos trabajos suyos desde Italia. A ello se redujo mi contacto personal, salvo algún fugaz encuentro «congresil» en Estados Unidos, bien poca cosa por cierto. He explicado estos antecedentes porque acaso ello hará comprender que mi modesta aproximación de ahora tiene, al menos, la garantía de una distante objetividad, de quien conoce y admira la obra de Castro, pero que está libre de vinculaciones de escuela.

(4) Prefiero, y es el que utilizaré, el adjetivo *castriano* a *castrista*, por la asociación reciente de esta última palabra a Fidel Castro.

(5) «Encuentro con Américo Castro», *Insula*, n.º 109 (enero, 1955), p. 4.

Para tener un panorama de la trayectoria intelectual de Castro hay que comenzar con el manejo de la documentada bibliografía redactada por A. Brent y R. Kirsner (6). De esta inmensa producción escogeré los dos núcleos más representativos para la Edad de Oro (7): teatro y Cervantes, y procuraré observar las dos etapas de Castro unidas, y no separadas, por el gozne de su espectacular *Realidad histórica de España* (antes *España en su historia*) (8). Me interesa más (por otra parte sería imposible) que examinar la novedad de esta obra, ver los efectos de la misma en las obras castrianas que la siguen, donde resume, amplifica, remueve, incorpora nuevos datos. Después de esta obra, y una vez dada su lectura por supuesta, es mucho más interesante ver su prolongación vital en cualquier página posterior de Castro; con su constante afán de defensa, Castro perfila y hace más coherente su sistema. Son especialmente iluminadores los prólogos con que Castro presenta sus libros posteriores, prólogos sintéticos y apasionados.

En su primera época investigadora predomina el filólogo (gran admirador y conocedor de Meyer-Lübke) y crítico literario, conjunción que producirá ediciones críticas del teatro áureo: Tirso de Molina y Rojas Zorrilla, pero sobre todo Lope de Vega, representado con la documentada edición de varias comedias y con su *Vida de Lope de Vega* (9), en colaboración con H. A. Rennert. Para mí, su más lúcida aportación de estos primeros años es su extenso artículo «Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII» (10). Puede considerarse todavía como el trabajo fundamental sobre el tema, lectura indispensable antes de adentrarse en la selva bibliográfica que le ha sucedido (11). Y lo creo muy superior

(6) En Américo Castro: *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, 1956, pp. xxvii-líiii. Puede completarse, hasta 1965, con *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, ed. de M. P. Hornik, Oxford, 1965. Una buena selección bibliográfica de y sobre Castro se encuentra en el citado libro de A. Peña, *Américo Castro...*, pp. 243-303.

(7) Excluyo de mis consideraciones *La Celestina*, por falta de espacio, y porque esta obra está inserta todavía en vertientes del mundo medieval. Un buen y reciente artículo del tema lo ofrece Rafael Lapesa, «*La Celestina* en la obra de Américo Castro», en el citado libro en la nota 1, *Estudios sobre la obra de Américo Castro...*, pp. 247-61.

(8) Una de las exposiciones más objetivas y sugerentes sobre esta obra es la amplia reseña de Rafael Lapesa en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, III n.º 3 (1949), pp. 294-30. Hay que tener en cuenta, como génesis embrionaria de la gran obra de Castro, un apretado ensayo suyo, al plantearse, recién llegado a Estados Unidos después de la guerra civil, el tema de España para una audiencia americana, me refiero a *The Meaning of Spanish Civilization*, Princeton, 1940.

(9) Hay que ver ahora la segunda edición, New York & Salamanca, 1968, con adiciones bibliográficas de Fernando Lázaro Carreter.

(10) Se publicó en *Revista de Filología Española*, III (1916), pp. 1-50 y 357-86. Se reproduce en el citado libro de *Semblanzas y estudios españoles...*, pp. 319-82.

(11) Véase, aunque bastante incompleta, la nómina de investigaciones sobre el tema que da Jenaro Artiles en su trabajo «Bibliografía sobre el problema del honor y la honra en el

a su visión restringida y parcial de su posterior *De la edad conflictiva* (12). En el antiguo artículo de la *Revista de Filología Española* se presentan de manera completa y homogénea todas las teorías anteriores sobre el tema, los múltiples precedentes, lopescos sobre todo, antes de llegar a Calderón, la postura, a menudo aprobatoria, de los casuistas y los testimonios de autores no teatrales, entre ellos las posturas humanas, comprensivas, de Mateo Alemán y Cervantes, actitudes que en su segunda etapa, la *conflictiva*, explicaría Castro, por la nueva perspectiva de ser estos dos autores cristianos nuevos. Creo que Castro, como otras veces, se ha autoatacado injustamente al invalidar esta primera toma de contacto con el tema del honor; puede haber en ello una sincera revisión personal, pero no olvidemos una como simpática coquetería intelectual, ávido siempre Castro de llamar la atención hacia sus nuevas posturas. Notemos, sin embargo, importantes penetraciones de Américo Castro, en su segunda etapa, sobre el tema del honor, al resaltar el orgullo de la vieja casta cristiana, simbolizada por Lope de Vega, con su exaltación de los rústicos frente a los nobles. Leemos, por ejemplo: «Lo que antes se hacía para satisfacer a reyes, príncipes y caballeros, interesados en hazañas heroicas y en recordar las realizadas por los grandes de su casta castellana, los autores dramáticos lo hacen en el siglo XVI y el XVII para dar gusto a los continuadores de la misma casta, mortalmente enemiga de los de la mala casta, especialmente de los hispano-hebreos» (p. 26). Es especialmente importante para la nueva proyección castriana el capítulo «El labriego como último reflejo contra la ofensiva de la opinión»; porque allí se subrayan las nuevas bases para una importante zona de la producción lopesca, especialmente las tragicomedias *Fuenteovejuna* y *Peribáñez*. Castro aísla, y destaca acertadamente, varios pasajes, como aquel de *Fuenteovejuna*: «Alguno acaso se alaba / de la cruz que le ponéis / que no es de sangre tan limpia», o en *Peribáñez* la famosa alusión a la «compañía de los hidalgos cansados» (13), para sintetizar, más adelante, en este brillante párrafo: «El tipo del labriego poseedor de honra rebasa los tópicos de la Edad de Oro, y no fue sentido como en las pasadas ilusiones del humanismo. Su presencia en el teatro de Lope de Vega no fue vivida por el público de los corrales como 'un fenómeno rena-

drama español», en *Filología y crítica hispánica. Homenaje al prof. F. Sánchez Escribano*, ed. de A. Porcheras-Mayo y C. Rojas, Madrid, 1969, pp. 235-41.

(12) Cito, en este caso, por la primera edición de Madrid, 1961. Lo que me interesa es observar el cambio de postura, y cuándo se produce, respecto al trabajo anterior. Después este libro tiene otras dos ediciones, 1963, y otra, muy ampliada, de 1972.

(13) Véase ahora la brillante investigación de Joseph H. Silverman «'Los hidalgos cansados' de Lope de Vega», en *Homenaje a William L. Fichter*, edic. de A. D. Kossoff y J. Amor Vázquez, Madrid, 1971, pp. 293-311.

centista', sino como escape vital para una situación angustiosa sin semejante fuera de España (recordémoslo) e inseparable de los mismos estados conflictivos que hicieron posible el teatro de Lope de Vega» (p. 219). Actitud esta de Castro que habrá ya siempre que tener en cuenta y que no invalida, a mi ver, una concepción del problema de más vuelo, en el que la lucha de castas no es más que un ingrediente o en que, a veces, ni siquiera existe.

Si hubiera que escoger la figura del período clásico español más y mejor tratada por Castro, creo que todos coincidiríamos en que ha sido Cervantes. El autor del *Quijote* fue una de sus más luminosas obsesiones a lo largo de toda su vida. De aquí también que Castro tendría que plantearse el funcionamiento de la literatura picaresca y pastoril, para las que reclamaría más tarde el predominio en ellas de la nueva sensibilidad de los conversos. Es hasta cierto punto explicable que Cervantes, por un lado, y su nueva visión de España de los siglos XVI y XVII terminarían por confluír en la presentación de un Cervantes cristiano nuevo en su último libro de tipo cervantino, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, 1966. Volveremos sobre ello.

Castro publicó densos artículos cervantinos que preparaban el terreno de su gran obra crítica, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925 (14), todavía insuperada. Creo que sigue siendo el libro básico de conjunto sobre nuestro gran clásico, y no me parece invalidado, sino tan sólo complementado, por las nuevas tesis castrianas que asoman en los trabajos posteriores, donde de nuevo se ataca a sí mismo, injustamente, con cierta paradójica mezcla de vanidad (por lo sensacional y revolucionario de sus nuevos puntos de vista) y de humildad (por su al parecer desenfocada ancladura cervantina inicial). Ya muchos han señalado —y el propio Castro corroborado— que lo que interesaba al ilustre profesor, en aquel momento en que algunos dudaban de si España había tenido Renacimiento, era presentar, usando las técnicas de la *Geistesgeschichte* alemana, a Cervantes dentro del contexto ideológico europeo. Es lógico, pues, que Castro estudie la reacción ante el tema de la realidad de otras cumbres del pensamiento europeo como Vives, Bembo, Erasmo, Campanella y Castiglione. El reciente libro de Aniano Peña nos ha ratificado, con ejemplos claros, lo que ya sospechábamos todos: la gran influencia del pensamiento de Ortega y Gasset en este primer y magistral libro cervantino de Américo Castro. Me ha parecido siempre, para aquel momento, muy bien planteado el conocimiento de teoría literaria por

[14] Que cuenta ahora con segunda edición, Barcelona, 1971, bibliográficamente modernizada por J. Rodríguez Puértolas.

parte de Cervantes, que subraya su racionalismo (15). Un poco forzado, por la excesiva sutileza interpretativa que se buscaba a algunos pasajes, me ha parecido siempre en aquel libro el erasmismo de Cervantes, tema mucho mejor tratado en la segunda etapa conflictiva de Castro. En efecto, en sus últimos trabajos cervantinos Castro insiste en los resabios erasmistas de Cervantes, fenómeno que ahora, dentro del nuevo sistema de Castro, puede explicarse por este otro rasgo minoritario muy típico de cristianos nuevos (16).

Es importante notar que Castro conecta muy bien toda la obra cervantina, además del *Quijote*, en su examen de la doble realidad, y cómo muestra los principios de libertad amorosa y la armonía, enraizados en el sistema de León Hebreo. Otro aspecto novedoso es notar cómo Cervantes se traslada al interior de sus personajes para allí observar los vaivenes de su conciencia ficcional. Precisamente por este camino iniciado entonces irá a descubrir, mucho más tarde, la sensibilidad cervantina propia de un cristiano nuevo. Ya Rodríguez Puértolas señala que en este primer libro cervantino se encuentra «... la dimensión imperativa de la persona y del intento cervantino, humanizado, de luchar contra la fragmentación humana» (17).

El segundo libro de tema cervantino aparece con un título bien expresivo, *Hacia Cervantes* (Madrid, 1957, y ediciones posteriores de 1960 y 1967; citaré siempre por esta última). En él se recogen trabajos de autores cronológicamente anteriores al autor del *Quijote* y varias investigaciones cervantinas. Me detendré en el que me parece más importante, *Los prólogos al «Quijote»*. Confieso que mi primera reacción fue una mezcla de fascinación ante la incisiva manera de penetrar en el arte cervantino, y también de desilusión ante lo poco que Castro, en el aspecto técnico literario, conseguía descifrar de los prólogos en cuanto *prólogos*. No cabe duda que el título del trabajo es desorientador y no parecen importarles mucho los prólogos a Castro, sino que, con ocasión de ellos, plantea problemas de índole general cervantina. Lo que a Castro parece preocuparle allí, y ya desde su segunda época era una obsesión constante, era ver lo singular hispánico. De aquí que señale antecedentes a la expresión del intimismo cervantino: «Algo, pues, tuvo que haber en el siglo XVI que hiciese posible la genialidad cervantina. Ese algo tiene que ser los

(15) Las observaciones iniciales de Castro han sugerido muchas investigaciones posteriores en este sentido, que han culminado con el libro de Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, 1962. Sobre la que me parece injusta y distorsionada actitud de A. Castro respecto al cervantismo de Menéndez Pelayo, véase mi libro *Temas y formas de la literatura española*, Madrid, 1972, p. 108.

(16) Véase ahora el artículo de Marcel Bataillon «El erasmismo en el pensamiento de Castro», en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, citado en nota 1, pp. 191-207.

(17) En el libro citado en nota 1, *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, p. 369.

intentos de expresar la intimidad del hombre despojada de símbolos, enlaces y encarnaciones trascendentes, y expresarla gravitando hacia la conciencia del ser singularizado, sin envolturas ni sostenes» (páginas 275-76). No es de extrañar, pues, que en este trabajo recabe la importancia de la literatura pastoril: «En el relato pastoril es donde, por primera vez, se muestra el personaje literario como una singularidad estrictamente humana, como expresión de un *dentro de sí*» (p. 276). Y más adelante establece relaciones con el experimento tere-siano: «... lo pastoril es una hijuela laica de la mística religiosa, y opera con el amor humano como Santa Teresa con el divino, con resultados muy distintos, pero con un intento similar de traer a expresión las más hondas vivencias de aquellas que en ciertos casos se han resuelto en armoniosa composición poética» (p. 276). Conviene señalar otro texto de Castro que alude a cierta continuidad de su pensamiento para ver en las letras españolas la expresión de la irreductibilidad de lo humano: «No atribuyo a Cervantes el haber sacado de la *erótica pastoril* los personajes del *Quijote*. Se trata de algo más sutil y menos fácil.» Y señala los antecedentes que el mismo Castro ha notado en el *Cid*, en la *Celestina*. Y avanzando en su ensayo llegará a concluir Castro que el método aislante usado por Cervantes en *El Quijote* será la ironía metódica. En este mismo libro, *Hacia Cervantes*, con ocasión de estudiar *El celoso extremeño*, Castro tiene que plantearse el valor de las *Novelas ejemplares* y encuentra entonces una fórmula explicable, en la que insistirá en el último libro de tema cervantino: «la vida de nuestro gran novelista osciló entre el ataque mordaz a la sociedad que lo repelía y el afán de congraciarse con ella» (p. 448). Son muchas las ideas que aparecen en este libro y que germinarán en *Cervantes y los casticismos españoles*. Es ahora cuando Castro trata de explicarse *El Quijote* como la rebelión de una figura solitaria contra la fuerza opresora de la sociedad española. Por tanto, encuentra Castro muy significativa la actitud justificante, típica de los marginados e inseguros. En efecto, leemos en el mismo libro, en un ensayo dedicado específicamente a *La ejemplaridad de las novelas cervantinas*: «Las justificaciones y cautelas del prólogo descubren, sin más, que fue sentida la necesidad de justificarse. El tono justificativo y defensivo es propio de quienes viven preocupados e inseguros y temen no ser interpretados como ellos quieren y necesitan serlo» (p. 471). El último volumen que dedica Castro al autor del *Quijote* una vez más aparece con un título significativo: *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, 1966. Allí se reúnen varios artículos y todo él constituye su más revolucionaria aportación cervantina. Aquí es donde ya don Américo, tajante, insistente, redondea

cuantos indicios apuntan a un Cervantes (y a un *don Quijote*) cristiano nuevo (18). Da Castro especial relieve a datos biográficos, exhumados unos, nuevos otros. Fundamentalmente se trata de destacar la profesión de cirujano del padre de Cervantes, sus constantes cambios de domicilio, con peticiones concretas, más tarde, del propio Cervantes para pasar al nuevo continente, profesiones sospechosas de un bisabuelo y abuelo de Cervantes y, sobre todo, el matrimonio de Cervantes con una Salazar, de Esquivias (familia de cristianos nuevos, relacionados en parentesco con un descendiente del Rojas autor de *La Celestina*). Y hace Castro, además, malabarismos interpretativos para dar especial significación a lo de «duelos y quebrantos» (huevos con torreznos) que comía Don Quijote los sábados, preocupado Castro, una vez más, en lo que él llama una clara clasificación entre una literatura *tocinófila* y *tocinófoba*, según la división de castas. Castro sobre todo penetra en su tema con análisis de estilo en los que Cervantes aparece como un marginado en la sociedad española (19).

Escojamos solamente unos textos significativos. En primer lugar destaquemos su continuidad con posiciones anteriores: «El *Quijote* por primera vez plantea y desarrolla el problema de hacerse de la personalidad en su simultáneo dentro y fuera de sí mismo» (p. 129). Y he aquí otro pasaje, escogido entre muchos, que reflejaría una buena zona doctrinal del libro de Castro: «El problema de Cervantes era muy otro [comparado con fray Bartolomé de las Casas]: cómo se crea y se mantiene la vida de un personaje literario (la inmanencia de su vivir) en un mundo de *gentes* y de *circunstancias*, concitado contra el audaz que se aferra heroicamente a la fe en ser quien es» (p. 63). Acabo de referirme, y bien sucintamente por cierto, a los dos nervios ideológicos más importantes en las investigaciones de Castro sobre la Edad de Oro: el teatro y Lope de Vega, por una banda, y Cervantes, por la otra vertiente.

He aludido, como otros ya han hecho también, a una cierta continuidad entre los dos Castros, el de antes y después de *España en su historia*. Es obvio que esta última obra supuso una concentración sistemática en lo que Castro llamaría su nuevo sistema Copérnico. Todo ello provocado por una cadena de circunstancias personales: su exilio de su nación y su necesidad de explicar al mundo americano

(18) Insiste, en forma contundente, en su último trabajo cervantino, «Cómo veo ahora el *Quijote*». Estudio preliminar de Américo Castro a *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, 1971.

(19) Un penetrante análisis, positivo, a las nuevas teorías cervantistas de Castro lo ofrece A. Zamora Vicente en el homenaje citado *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, páginas 413-31. Una actitud ecléctica es la que ofrece A. Peña en su también citado libro *Américo Castro...*

su visión de España a través de la historia y literatura. De aquí la importancia de su conferencia de 1940, en Princeton, «The Meaning of Spain».

En *España en su historia* (después *La realidad histórica de España*), Castro explicará la existencia española como un entramado de tensiones entre las tres castas. Por tanto, muchos aspectos literarios aparecerán, a esta nueva luz, géneros de la casta de cristianos viejos: épica, romancero, teatro nacional (con sus máximos exponentes, Lope de Vega y Calderón). Y los géneros en donde se destacará, por otro lado, la casta minoritaria y oprimida. *La Celestina*, novela pastoril, picaresca y cierta mística depurada, como la de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, para llegar a Cervantes, cristiano nuevo también. Lo notable es que hallazgos documentales posteriores han confirmado las intuiciones de Castro. Nada sería más espectacular que unos descubrimientos más directos respecto a Miguel de Cervantes. Es peligroso, de todas maneras, el exceso de sutilidad en el análisis psicológico de posturas minoritarias y oprimidas, explicado sobre todo por influjos conscientes o soterraños de la conciencia de sangre judaica en el linaje, en un país como España, entrecruzado, como ha probado el mismo Castro, por tantas vetas, especialmente la judaica. Tenemos la tentación de preguntarnos: ¿qué pasaría si algún día se descubriese un filón hebreo en los hasta ahora representantes de la casta de cristianos viejos, como Lope de Vega, Calderón o Quevedo? Las teorías de Castro quedarían muy difuminadas, habría que invalidar muchos análisis de Castro. Cabría también, dando un giro de 180 grados, aplicar *a fortiori* los propios presupuestos teóricos de Castro para explicar el tono mayoritario como una *overreaction* para halagar y aplacar a la casta poderosa, actitud destacada por Castro en algunos famosos obispos e inquisidores de origen judaico que sobresalieron por su celo persecutorio de los de su misma casta. Pero el propio Castro tiene que hacer sutiles malabarismos para explicar en Cervantes actitudes ambivalentes y contradictorias. En otras palabras, resulta peligroso, aunque fascinantemente fecundo como método, una excesiva dicotomía de posturas literarias basadas en conciencia de linaje, aunque a veces pueden arrojar espectaculares resultados. Creo que, a la postre, la conciencia de linaje o herencia de actitudes en este sentido por un escritor no sería más que un rasgo importante diferenciador en una conciencia individualizante, típica de cualquier genial creador literario.

La inmensa obra de Castro, que palpita en centenares de páginas recientes todavía, siempre habrá que tenerla presente y observar con atención sus interpretaciones historiográficas y literarias. Y siempre

habrá que admirar su honesto (honesto desde su parcial singladura, valga la paradoja) planteamiento de la historia literaria española, que nos aparecerá ya indeleblemente como un entrecruzado de lo cristiano, lo árabe y lo judío. Hasta Castro, y en un conjunto orgánico, nunca se habían visto las implicaciones de tan penetrantes interferencias. Castro, sobre todo en sus libros y ensayos posteriores a su obra magna, *La realidad histórica de España* (uno de los libros más importantes de la historia y crítica literaria del siglo XX español), ha estudiado estos entrecruzamientos con intensidad luminosa y exagerada, en una síntesis compacta y dinámica.

ALBERTO PORQUERAS-MAYO

Dept. of Spanish
Univ. of Illinois
URBANA, Ill., 61801 (USA).